L'OSSERVATORE ROMANO

Edición en lengua española

Fecha 08-01-2010
Página
Hoja 1 / 4

En las palabras del Evangelista está la clave de los Nacimientos más importantes pintados al lo largo de los siglos

El guión de san Lucas

di **Antonio Paolucci**

«Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada» (Lc 2, 1-7).

Quien escribe esto era un médico nacido en Antioquía de Siria, de cultura y de lengua griega. Nosotros lo conocemos como san Lucas evangelista. El pasaje del tercer Evangelio, en su elegante sencillez, es bellísimo. En pocas líneas nos da el sentido de la historia, de «nuestra» historia.

Primero está el imperio extendido por toda la tierra y César Augusto autócrata de los romanos; después Belén de Judea, sagrada para la estirpe de David; y, por último, está ese Niño acostado en un pesebre porque no había sitio para él en la posada. A partir de ese Niño todo ha cambiado. Su nacimiento ha cambiado las reglas del juego; más aún, ha volcado la mesa del juego. Tanto es así que dos milenios más tarde los hombres y las mujeres del mundo (de cualquier religión o de ninguna religión) calculan el tiempo de su vida a partir de ese nacimiento.

Hay que reconocer que san Lucas es un guionista formidable. Primero da algunas referencias históricas grandiosas y majestuosas (el imperio de los romanos, César Augusto, el linaje del rey David), después la narración desemboca, con un oxímoron fulmíneo en el frío de una noche de invierno, en un establo y en un pesebre.

Todavía no están la mula y el buey. Entrarán en la iconografía del belén siglos más tarde, para representar a la Iglesia ex Lege (los judíos) y la Iglesia ex gentibus (todos los demás), ambas presentes junto a la cuna del Salvador.

Sin embargo, están los pastores. En efecto, escribe san Lucas: «Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor. El ángel les dijo: No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc 2, 8-12).

Estas líneas del evangelista se apoyan en tres imágenes inolvidables: la luz que resplandece en la noche, la alegría que regocija el corazón de los hombres, y la pobreza del lugar y de la situación. Utilizando estos elementos iconográficos, los artistas de la Europa cristiana han regalado al mundo la poesía en figura. Todo lo que sirve para hacer poesía está en la narración de san Lucas y de los demás evangelistas: la gloria del Esperado, la magia de la Noche santa, el anuncio de los ángeles, la felicidad de

Ritaglio stampa ad uso esclusivo del destinatario, non riproducibile

los pastores, el frío del invierno, el calor de los animales, la alegría y el orgullo de una mamá que ha dado a luz un niño bellísimo. A esta trama espléndida el artista sólo tenía que añadir su talento, su fantasía, su emoción, su fe, junto a los rasgos distintivos del estilo, junto a la cultura figurativa y la sensibilidad religiosa de la comunidad eclesial de pertenencia, junto a los valores que caracterizaban la identidad de la ciudad y de la patria. El resultado son las obras maestras que llenan las iglesias antiguas y los museos del mundo. Yo, como historiador del arte, entre las innumerables opciones posibles, elijo cuatro cuadros, cuatro representaciones antiguas del Nacimiento, dos de área nórdica y dos italianas.

Comienzo por el tríptico de la galería de los Uffizi que, del nombre de su comitente, se conoce como Portinari. Fue pintado por Hugo van der Goes, un famoso pintor flamenco del siglo xv, para el florentino Tommaso Portinari, agente del Banco de la familia Médicis en las plazas del norte de Europa.

Se trata de un tríptico grande, porque estaba destinado al altar de una iglesia. Tiene las hojas plegables, pintadas a grisalla en su parte posterior. Cuando las hojas están cerradas, presentan la imagen de la Anunciación a María. El tríptico abierto de par en par narra el misterio vertiginoso de la Navidad. Dios ha nacido y, aunque sea invierno y las ramas de los árboles negras y desnudas se recorten contra el cielo, este es un día de sol, de clima terso y luminoso. Porque Cristo es lux mundi y el universo lo acoge como si acogiera la salida del sol. La mañana de Navidad es la primera mañana de primavera. Pero ¿quiénes adoran a Dios nacido? Está su madre, la Virgen María; está san José; están los ángeles que llevan vestiduras sacerdotales y ofician, con gravedad compungida, el rito de la adoración eucarística. De hecho, todos los presentes son conscientes de que ese pequeño ser desnudo depositado en el suelo, donde resplandece en un laguito de oro, es Dios todopoderoso y eterno. También están los pastores. El Evangelio dice que los pastores, los últimos de la tierra, fueron los primeros que rindieron homenaje a nuestro Señor. Hugo van der Goes, que era hombre de fe y de iglesia, quiso interpretar al pie de la letra el sentido del mensaje evangélico. Sus pastores son pastores de verdad, son cabañeros venidos de los valles de Hainant y de Brabante; son hombres pobres probados por la miseria y la fatiga. Rudos e incultos, no saben dónde poner las manos ni cómo quitarse el sombrero. Sin embargo, el Reino es para ellos. En las hojas laterales del tríptico están los comitentes, Tommaso Portinari con su mujer e hijos, acompañados en la contemplación del Nacimiento por sus santos protectores. En el Nacimiento de Cristo del año 1483, una familia italiana que conocía el mundo y había vivido en el extranjero, se ofrece a sí misma, presenta el tesoro del amor conyugal y de los sentimientos compartidos.

Otro Nacimiento conmovedor es el que representó Geertgen Tot Sint Jans (alrededor de 1460-1490), un pintor que vivió y trabajó en Holanda y concluyó su breve existencia como hermano lego en el convento de San Juan en Harlem. Su obra maestra es el Nacimiento de la National Gallery de Londres, el primer «nocturno» verdadero en la historia de la pintura europea. Si observamos el cuadro con atención, nos damos cuenta de que las fuentes luminosas son dos, una externa y otra interna. En el fondo, está el ángel que desciende del cielo negro como un meteorito e incendia la noche sobre el sueño de los pastores. Dentro de la cueva está el Niño Jesús, que desde su cuna ilumina de abajo a arriba a los protagonistas del belén.

De la coexistencia y del contraste entre las dos fuentes

Ritaglio stampa ad uso esclusivo del destinatario, non riproducibile

de luz nacen efectos singulares que alteran la perspectiva, exaltan y deforman algunos detalles, y anulan otros. Los ángeles niños se agolpan de puntillas alrededor de la cuna, también ellos deslumbrados por ese resplandor milagroso. Uno de ellos, el más pequeño, abre los brazos de par en par en un gesto de admiración. Los demás están absortos, con las manos juntas como si estuvieran listos para recitar la poesía de Navidad. Alrededor domina la gran oscuridad de la noche que envuelve el destino de los hombres. Gracias a Dios ha nacido Jesús que es «luz del mundo». Geertgen, el frailecillo de San Juan en Harlem, nos lo da a entender como pocos han sabido hacerlo antes y después de él.

Y ahora dos Nacimientos italianos. El primero es el belén en fresco que pintó Giotto en el ciclo de la Capilla de los Scrovegni en Padua. Giotto inaugura el lenguaje figurativo de la Italia €moderna. En este aspecto, su importancia sólo es comparable a la que reviste el contemporáneo Dante Alighieri en cuanto a la lengua y la literatura. Si tuviera que dar una definición sintética del arte de Giotto, diría que es: «el descubrimiento de lo Verdadero en la certeza del espacio mensurable».

El espacio, ante todo. Giotto todavía no tiene la perspectiva científica de Brunelleschi, pero sí tiene profundidad, solidez, habitabilidad. La Virgen que acaba de dar a luz y que recuesta al hijo en un pesebre según la narración del evangelista (cf. Lc 2, 7) está cubierta por un cobertizo de madera desplazado en profundidad. Los pastores que se acercan al pesebre, san José que duerme, los ángeles que vuelan, son figuras reales que ocupan el espacio concretamente, exactamente definidas por la modulación cromática de la sombra y de la luz. La otra novedad revolucionaria de su estilo es el descubrimiento de lo Verdadero. Giotto identifica y representa —por primera vez en la historia del arte italiana con tanta conciencia— el mundo de la naturaleza y el de los afectos.

Así, el rostro de la Virgen en el acto de poner al recién nacido en la cuna expresa felicidad, ternura, aprensión. El Niño envuelto en pañales mira fijamente a la Madre en una especie de diálogo mudo. También el buey levanta la mirada hacia lo alto para no perderse la escena, mientras que la mula gira la cabeza hacia la izquierda en una graciosa torsión que, sin embargo, sirve para definir bien el firme equilibrio del cuerpo. El Nacimiento de Giotto se sitúa en el orden clásico, a la vez naturalista y racional, de la tradición figurativa italiana.

También los animales son coprotagonistas de la Navidad. También ellos se emocionan y quizá hablan esa noche, como narra una leyenda antigua difundida en toda Europa. Nos lo da a entender Jacopo da Ponte, llamado «Bassano», en un cuadro de 1568 conservado en el Museo Cívico de la ciudad que ha dado nombre al pintor.

Jacopo Bassano es un gran animalista y le debe de haber gustado mucho la ocasión de presentar a los pastores junto a sus animales adorando al Niño. Así se explica el muestrario realista y al mismo tiempo poético de las criaturas de Dios que rinden homenaje a su Señor.

Mientras los hombres se arrodillan, los animales inclinan la cabeza frente a la Virgen que levanta el manto con emoción y cierto orgullo para mostrar al pequeñín que duerme. Inclina la cabeza la oveja que, por ser símbolo de mansedumbre, tiene el privilegio de estar situada más cerca de nuestro Señor. Inclina la cabeza la gran vaca leonada un poco cohibida, tanto es así que su amo le ordena que siga adelante. Inclina la cabeza el perro grande, bueno y feroz, acostumbrado a vigilar el rebaño y a pelearse con los lobos, como da a entender el

Ritaglio stampa ad uso esclusivo del destinatario, non riproducibile

collar con clavos. En la Noche santa también los animales participan del misterio de la Navidad. Esto nos narra Jacopo da Ponte, llamado «Bassano».

*Director de los Museos Vaticanos

Ritaglio stampa ad uso esclusivo del destinatario, non riproducibile